monte, y salen por distintas cavernas á poca distancia una de otra: de manera, que cinco ingresos conocidos hay para el interior del monte, y solo uno ha sido practicado y solo hasta una cierta distancia, que segun nos dijeron los guías, es triple de la que recorrimos nosotros, que no llegará tal vez á una legua; de manera, que la parte mas interesante, mas grande, mas variada y mas pintoresca, nos está todavía escondida.

Sin embargo, lo poco que he recorrido, tiene mucho interes, hallándose en él estaláctitas que colgando de las bóvedas forman hermosas arañas de variada y caprichosa forma; otras, tapizando con estravagantes dibujos las paredes, dan ideas de troncos y raices, las que á veces se unen haciendo un cuerpo comun con las estalágmitas. En algun tramo, enormes estalágmitas se elevan imitando torres, ya pirámides y conos, todos de mármol blanco; en otros bordados que tapizan el suelo; imitando en otros los troncos de los árboles y las plantas herbáceas; en otros, nos presentan modelos de candelabros; y finalmente, hubo lugar en que ví una cantidad de peñascos amontonados confusamente unos sobre otros, ofreciéndome la idea triste de la destruccion.

El aire en ningun lugar está viciado, y aunque no se advierta en las hachas ningun movimiento, arden siempre muy bien; de manera que deben haber aberturas escondidas que comunican á la caverna nuevo aire. Yo, al aproximarme á la montaña, vi en ella varios agujeros y envites de grutas, que es muy fácil tengan comunicacion con la principal.

El suelo polvoriento al principio, se vuelve húmedo, y hasta lodoso, á causa de las gotas de agua que de continuo caen. Desde luego se empiezan á ver concreciones estalág-

mitas y estaláctitas, una de las cuales, que se halla en el lado izquierdo, afecta la forma de un chivo sin cabeza y en pié; y no es difícil que encierre en sí el esqueleto ó la momia de este animal; cuyo accidente otorgó á este trecho de caverna la denominacion de *Salon del Chivo*. (1)

En el suelo se va formando una especie de bordado ó encaje, cuyo cordoncito puede ser ya mas ya menos de una cuarta, escediendo en algunos puntos mas en altura; este va adornando el suelo con un dibujo muy caprichoso y siempre variado; las gotas de agua fueron y continuan siendo el hilo, y el gancho que le bordó el tiempo.

De la bóveda, que en algun punto puede alcanzar la altura de la de la catedral de México, descuelgan grandes arañas, las que no son doradas ni de cristal sino de mármol blanco.

Subiendo un poco, se atraviesa un largo trecho de puros peñascos de todas dimensiones, ya firmes, ya movedizos, sumamente incómodo de recorrer, el cuál va descenciendo y no puede ser otra cosa que una bóveda que vino abajo, y á pesar de que gotea el agua, no se ve sobre ellos ninguna concrecion, lo que prueba ser de una época mas reciente que la del bordado. A este tramo diéronle el nombre de Pedregal, en el cuál no faltarian bellas cosas, pero, como

(1) Esta interesante concrecion, (la del Chivo) me han asegurado personas fidedignas, que hallábase, no ha mucho, entera, con su cabeza; y ya corria este siglo, cuando unos americanos, que visitaron la caverna, prendádose de la originalidad de esta estalágmita, sin mas ni menos troncáronle la cabeza y llevárónsela á los Estados-Unidos: ¿Cuál interes no tendria, para decidirlos á romper y llevar consigo un objeto tan pesado y estorboso? A lo menos, ya que habian cometido este vandalismo, nos hubiesen dicho si era natural ó artificial el objeto que dió principio á esta concrecion. ¿Quién sabe si ahora, este precioso fragmento enriquezca alguna coleccion privada ó algun museo público?

es sumamente incómodo, se procura no levantar la cabeza, ni los ojos de los piés, para salir de él lo mas pronto posible y sin desgracia.

Luego se llega al *Salon del Muerto*, cuyo nombre lo tuvo por haberse encontrado allí el cadáver de un hombre completamente desnudo, con el de su perro cerca de él; y aseguran que habiéndo ya consumido todas sus hachas, quemó aun su ropa para conseguir mas luz y salir de la caverna; pero no fué bastante. ¿Cuáles serian sus ansias? fué víctima de la oscuridad.

Luego se entra en el salon llamado del *Tronco de Palma*, por una estalágmita muy elevada parecida al tronco de una palma, esta concrecion es blanca y muy parecida al mármol estatuario de Carrara, en otros los cristales son mas grandes, é imitan mas bien al mármol griego. Varios, y aun muchos ejemplares encontré de troncos de palma por el trecho de caverna que recorrí, pero todos de menos altura. Hermosos trozos de esta concrecion adornan la capilla de la hacienda de Cocoyotla.

Subido un escalon natural, bastante alto é irregular, se entra en el salon llamado *De las Coliflores*, ó mas bien, segun otros, *De los Candelabros;* pues se aproximan mas á estos que á aquellas. De la bóveda cuelgan grandes estaláctitas en forma de colosales arañas de mármol. Por allí parten varios cañones que solo Dios sabe adonde irán. Por entre las estalágmitas que se apoyan á la pared se forman algunos tanquecillos de agua muy cristalina y de buen sabor.

Se debe advertir que el bordado ó encaje que adorna el suelo, continúa por todos estos lugares ó salones, escepto el *Pedregal*, el cual, siendo mas reciente, lo sepultaria bajo de sí.

Una estalágmita alta como un medio metro, que llaman la Mina, tiene un aspecto y brillo totalmente metálico, y su forma, que imita la de un pan de azúcar, está formada de una cristalizacion menudísima, que vista de cerca, es parecida á los pequeños diamantes con que cortan el vídrio.

Hallamos una grande estalágmita, que en forma de una pared fantástica, nos obstruyó el paso; pero el guia halló por donde hacernos pasar, encorvándonos algo, y entramos en el *Salon de los Monumentos*, que algunos llaman *Panteones*, por ser negras las paredes, de las cuales se desprenden en masa clara unas grandes estalágmitas en forma de pirámides y de conos de varias dimensiones y alturas; no faltando tampoco en este lugar ni los candelabros, los troncos de palma, ni las estaláctitas en forma de arañas, y el encaje en el suelo. El negro de las poredes es superficial, es un tizne, el cual aprovecharon para escribir, rascando con la punta de la navaja, muchos nombres, entre los cuales hallé los de mis amigos Vilar y Clavé; hallé tambien el de la Emperatriz Carlota y otros.

Finalmente, llegamos á los órganos, que son unas grandes estalágmitas que imitan la forma de este instrumento; pero se parecen aun mas, á los grandes pitayos arbóreos, que se hallan por los cerros de Atlisco y Matamoros de Izúcar; los que alumbrados con las hachas, y con los fuegos de bengala, producian un efecto mágico.

Allí, la bóveda es sumamente alta; dos grandes cañones parten casi en ángulo recto del principal, formando una especie de cruz, y me pareció, como tambien los otros ramales, que anduviesen descendiendo. Luego subimos una especie de palco escénico, pero grandiose; elevándose como

de 5 á 6 metros, con anchura y altura proporcionada la boca de ópera, cuya profundidad no se conoce aún; y por la piedra que lo forma, algo redondeada, parece haber sido, en tiempos muy remotos, y tal vez anteriores aun á las estalágmitas, el cauce de un rio; el cual decorado con el estruendo, la oscuridad y el pavor habrá representado allí alguna escena de infierno: y quién sabe desde que tiempo la escena mudó. Ahora es otra cosa; el mármol en forma de órganos está representando.

Habiamos recorrido como una legua de aquel subterráneo, con el auxilio de hachas, cohetes de luz, y fuegos de Bengala: estos últimos, habian sido preparados de antemano por nuestro amigo el Sr. Profesor Villamil, el cual, por causa de una angina que le atacó el dia anterior, nos privó del placer de tenerle por compañero en la escursion: á estas luces en particular debemos el haber podido apreciar aquellos grandes espacios, y todos aquellos maravillosos accidentes de la naturaleza.

En este sitio, varios alumbradores nos habian adelantado bastante por el mismo cañon que continuaba, pero algo tortuoso, mientras que otros se fueron ocultamente y los vimos poco despues trepados por aquí y acullá, en las asperezas de aquellas paredes á manera de arañas, rompiendo y abasteciéndose de concreciones, para vendérnoslas al salir. Los llamamos repetidas veces con cuanta voz teníamos, pero no volvieron sino despues de haber concluido su cosecha destructora: entonces, visto que habíamos ya consumido la mitad de las hachas, creimos prudente no ir mas adelante, y nos volvimos.

Habiendo descendido y no sin dificultad aquella especie de palco escénico, el guia, como ya lo indiqué en el prólogo, me hizo pasar por otro cañon, y sin andar mucho, me encontré en el primero, y me reuní á la comitiva. Despues de haber recorrido las localidades que acabo de describir, vimos una luz azulada, muy débil, casi imperceptible, la cual poco á poco se fué aumentando; era emanacion de la del dia que nos invitaba á salir; cuando que vimos en alto aquella especie de ventana natural, el agujero por donde habiamos entrado, y el azul puro del cielo que hacia un agradable contraste con la luz tétrica, amarillo rojiza de las teas, tal que al salir, parecióme pasar del sepulcro á la vida, de los infiernos al cielo.

Eran las cinco y media de la tarde, y queríamos ver la salida de los dos rios; el guia que debia conducirnos, no queria que bajarámos á caballo, pero á uno de los compañeros que era bastante jinete, le pareció ponderacion del indio, y así montamos los tres á caballo con el guia adelante y á pié. Bajamos un barranco por un senderito muy angosto y derrumbado, con peligro no tan solo de resbalar, sino de quedarse prendidos, como con un tenedor, entre los ramos de los árboles: finalmente, aun el jinete juzgó prudente no buscar por mas tiempo tres piés al gato, y se apeó.

Entregados á un peon que nos seguia los caballos, descendimos lo mejor que se pudo, ya agarrándonos de la roca, ya de los otates y otras ramas que se nos ofrecian al paso; y llegamos finalmente al cauce del rio, en donde, ya trepando y ya brincando sobre peñascos grandes, chicos y de todas dimenciones y formas; algunos redondeados mostraban estar allí desde mucho tiempo y que habian sido rozadas muchas veces por el agua arenosa de las avenidas; otros con sus aristas angulosas y ásperas indicaban ser

recien caidos del despeñadero. Troncos secos, podridos, estaban aglomerados con desórden ya por debajo, ya encima de los peñazcos; en los que arraigabánse caprichosamente árboles corpulentos y frondosos, que las llanas espezaban mas y mas, formando celdas verdes y vivas, impenetrables á los rayos del sol y á los aires. El oficioso otate que surgia por doquiera de los agujeros que resultaban entre peñazco y peñazco, nos ofrecia el sosten evitándonos muchas caidas.

Llegados á la orilla del agua, ví el desemboque del rio San Gerónimo que salia de una grandiosa y pintoresca caverna. Su agua era amarilla y turbia, como suelen tenerla los rios en las avenidas; pero hacia mucho tiempo que no llovía ni cerca ni lejos; el guía me aseguró ser éste un caso fortuito, pues que por lo comun es clara. La escena era grandiosa, imponente, y de buena gana me hubiera sentado allí para considerar tranquilamente y á mis anchas aquella locatidad tan salvaje; pero la luz nos iba faltando y fué precise seguir al guía que habiáme adelantado rio arriba. Subido un poco el cauce por iguales asperezas, me hallé delante de otra caverna aun mas grandiosa que la precedente: estaba colocada un poco mas en alto y en ángulo recto con la otra: el rio de Tenancigo ó de San Pedro, salía de ella, y corría con mas violencia azotando y rompiéndose por los peñascos, para reunirse ó mas bien alcanzar y llevar conmigo al de San Gerónimo.

Allí quedé mas y mas admirado al ver que tambien las aguas de este rio eran del mismo color, turbias y amarillas. ¿Cual sería la causa de este fenómeno? (*)

(*) Puede ser que número so ganado hubiese pasado enturbiando al mismo tiempo los dos rios poco ántes de esconderse en el monte: ó mas fácil aún, que enturbiado uno de ellos, se reunan y mezclen en el interior de la montaña volviéndose á dividir ántes de su salida.

Hacía rato que se habia puesto el sol, el crepúsculo iba perdiendo mas y mas su luz, y fué preciso obedecer al guía que nos instaba á volver y nos volvimos. Subimos por la misma vereda que habiamos descendido, y encumbrado, montamos á caballo y llegamos al pueblo de Cacahuamilpa ya de noche. Fortuna fué que la luna era casi llena y muy clara. Favorecidos de esta luz romántica, y de un fresco sumamente agradable, bajamos felizmente la cuesta. Pasamos los arroyos que ántes nombré y el rio de Chalma y llegamos á la hacienda de Cocoyotla á las diez de la noche.

Tocamos récio el zaguan, y nos contestó un múltiple ladrido de perros; habiendo esperado buen rato, y no oyendo contestacion humana seguimos tocando, pero récio, muy récio, y siempre con el mismo resultado, ladridos de perros y no mas. Esploramos si pudieramos pasar por alguna hoquedad y hallamos una en que pudiera pasar no sin trabajo un hombre y nuestro compañero mas jóven, Llano, paso primero, no sin recelo mio, de que se le abalanzaran y le lastimaran los perros: nada de eso, por fortuna eran cobardes, y tan luego como vieron asomar la cabeza por la hendidura se fueron; abierto el zaguan, pasamos yo y Noreña y nos fuimos á la casa. Vimos el cuarto que nos habian asignado la noche anterior, habia luz en él, pero habia desaparecido. Llamamos, tocamos, sin tener contestacion alguna; fuimos á la puerta que conducia al interior de la casa, vimos una luz, tocamos igualmente, se nos contestó algo, pero no entendimos lo que dijeron; y esperado allí buen rato sin que la puerta se abriera, volvimos á tocar el balcon de nuestra pieza, éste tenia un barandal de madera

bastante fuerte, el que pudimos alcanzar con las manos, y tocando muy récio á la ventana nos contestó la criada, preguntándonos, pero sin abrir, si éramos los que habian ido á la gruta, y contestándole que sí, nos abrió la ventana por la cual trepando entramos los tres.

Allí hallamos que una de las tres camas estaba invadida por un calenturiento; ¿qué le habria parecido? se creeria sin duda acometido por los ladrones. Mis dos compañeros tuvieron la cortesia de dormir juntos para dejarme á mi solo en la cama.

El dia siguiente no habiendo conseguido caballos tuvimos que pasarlo allí. Salimos al otro dia á las ocho y llegamos á Mecatlan cerca de las dos. Allí comimos y visitamos las labores del azucar y en la noche nos llamaron á fin de que presenciáramos la sangria, para no se que pieza de metal que fundian; la escena fué pintoresca y agradecí mucho la invitacion.

Al dia signiente salimos á las cinco y media de la mañana y llegados al pueblecito del Empredado, apoyamos á izquierda y subimos á ver las interesantes ruinas de *Xochicalco*; pero hubieran necesitado varios dias para recorrerlas todas, ocupando un espacio bastante grande é incómodo de recorrer. Dibujamos allí alguna cosa, continuando despues nuestro camino.

Pasamos por otro punto el rio Toto, es decir mas arriba; y luego el de Barranca Honda que confluye en él. Seguimos apoyándonos mas á Poniente; pero tuvimos que buscar el sendero para hallar el pasage de los barrancos. El guia quiso hacernos abreviar sin conocer bien el camino, y empleamos mucho mas tiempo de lo que debièramos, y con peligro de desbarrancarnos, particularmente al pasar el

del rio S. Antonio, que debimos apearnos y llegados al fondo pasar la corriente sobre una viga apoyada en las peñas; Noreña y el guía pasáronla á vado. El agua pasando por entre peñascos, formaba motivos pintorescos y salvages. Montados á caballo y encumbrado, encontramos á poco el camino real, y con otra legua y media de camino entramos en Cuernavaca, siendo ya las tres de la tarde. Allí tomamos los asientos de la diligencia, comimos y nos retiramos á descansar y dormimos sin cuidarnos de la cena.

Al dia siguiente volví á subir á la torre de la parroquia, y en la tarde, mientras que mis compañeros volvian al jardin Borda, fuí solo á ver los manantiales llamados los Ojos de Gualupita, los que se hallan á media legua al Norte de la ciudad.

Me dirigí hácia dicho punto, y llegado al pueblo y molino de S. Miguel, pasé un profundo y lóbrego barranco, en cuyo fondo columbrábase un arroyo que jugaba entre paredes de roca ya rompiéndose, ya formando estanques: el puente, cuyo arco se apoya sobre rocas verticales, ademas de servir al tránsito, sostiene dos acueductos, uno á la altura del pretil que trae mas de un buey de agua y el otro sobre arcos y conduce el agua potable para Cuernavaca. Ambos acueductos se surten de un mismo manantial, cuya agua á no ser encerrada, embelleceria aquella localidad con una serie de cascadas. La combinacion del barranco, del puente y los acueductos dan á este sitio un aspecto muy pintoresco.

Se sube la loma y se atraviesa una garganta traspasada de otra arquería del mismo acueducto, y ya próximo á encumbrar se halla otro molino y en la mera cima del collado una especie de pedregal del cual brota por muchos

ojos y se reune un límpido riachuelo, el que vimos pasar sobre el puente recogido en dos acueductos.

Un bosquecillo formado de muchas especies de árboles jóvenes y adustos, y un hermoso platanar sombrean aquel atractivo y pintoresco lugar: la cordillera boscosa de Huichilaque que se halla en lontananza, mucho le aumenta el interes artístico.

Yo hubiera querido ver mas de cerca, é internarme por los cerros ásperos y cortados que se observan en direccion del Popocatepetl, los que desafian y con ventaja al Monserrate de España.

A las tres y media del dia siguiente nos sentamos en el pescante de la diligencia y salimos de Cuernavaca. Un aire fresco nos soplaba en la cara, el que al principio nos fué agradable, pero á poco andar lo sentimos frio, muy frio, helado, y por mas que nos abrochamos y tapamos, nos penetró hasta los huesos. Ya cerca del empezar el bosque, ví á los lados del camino unos hombres á pié, que tenian escopeta; era la escolta. Ya muy en alto nos amaneció, y vimos salir el sol en Huichilaque. Allí encontramos la escolta á caballo que nos acompañó hasta el Guarda, en donde almorzamos.

Sentado en el pescante, la diligencia se puso volando; mientras tanto uno de los compañeros alegrábase de que no nos habian robado: "no digas cuatro hasta que esté en el saco," dije para mi capote. Nos hallábamos ya como á un cuarto de legua de Topilejo, cuando vimos delante del coche un señor con la cara tapada con un pañuelo, muy bien montado y armado, quien con el mosquete en mano y con una altanería algo grosera, y voces no muy decentes nos intimaba parar; y viendo que proseguia el coche, apuntó al cochero,

el que percibiendo el acto poco amistoso del ginete, paró. Luego se presentaron otros dos ginetes igualmente armados. Nos hicieron bajar é ir á un pequeño barranco en donde nos visitaron y cojieron lo que les pareció. A un señor quitáronle su relox de oro, quien tenia otro escondido, y sin serle pedido se lo dió diciéndole: aquí hay todavía otro, téngalo vd. Otro señor les entregó un bonito puñal y un revólver, que al recibirlos el ladron, regañóle apostrofándole así: "¿por qué no hace vd. uso de las armas?" agregándole, por darle mas fuerza, una interjeccion á su modo, que por ser demasiado indecente no repito aquí; á la cual respondió el paciente muy tranquilamente y con mucha suavidad: "para tener el placer de entregarlas á V." Yo me hallaba con mi relojito de oro colgado de una cadenita negra de gutaperca, la rompí sin ser visto de un estiron, y lo eché en el sacate, que allí habia bastante espeso y alto. Otro señor hizo espontáneamente lo mismo con algunas onzas de oro que tenia. Llevabánse mi saco, pero mis compañeros rogándoles que les dejaran estraer unos papeles que contenia, les concedieron abrirlo y quitarlos; pero no pudiendo mi llavecita abrir, un ladron prestó su cuchillo, con el cual, forzándole se abrió, y bajo pretesto de los papeles sacaron un capote de hule, una cajita de carton y una botella vacía; la caja y la botella sirvieron para eludir la vista del capote. Se fueron los ladrones llevándose el saco, y por olvido, tanto del ladron como de nosotros, quedóse el cuchillo que nos habia prestado, el que no advertí sino en el estudio en México registrando las cosas que tenia en la caja de carton. Alejádose aquellos poco legales visitadores, buscamos y hallamos entre la yerba é intacto mi relojito; se habia milagrosamente salvado

de las uñas, como de las pisadas de los caballos de aquellos bandidos.

Vuelto á subir en el pescante y llegados á Topilejo, contamos el lance que nos habia sucedido; y recorridas otras dos postas llegamos á México.

ASCENSION AL CRATER DEL POPOCATEPETL EN ABRIL DE 1868

POR

Eugenio Landesio

Habiendo determinado la escursion para el dia 4 de Abril yo y el ya mencionado Sr. Noreña, tomamos desde el dia anterior los asientos en la diligencia de Ameca, mientras que los otros compañeros debian irse al anochecer de este dia por las canoas de Chalco.

Al Sr. Noreña se juntó el jóven Larrañaga, estudiante de ornato modelado. Teniamos los asientos de adentro, pero yo quise cambiar el mio con uno que lo tenia en el pescante, y los dos compañeros con el fin de no dejarme solo, hicieron lo mismo. Un chicotazo puso los caballos á la carrera y á poco salimos por la garita de S. Antonio Abad.